

*Quis Deus magnus sicut
Deus noster?*

Qué Dios hay grande como
nuestro Dios?

SALMO LXXVI, v. 14.

*Quis sicut Deus Dominus
noster qui in altis habitat et
humilia respicit in coelo et
in terra?*

Quién como el Señor Dios
Nuestro que habita en las al-
turas y atiende á las cosas hu-
mildes en el cielo y en la tierra?

SALMO CXII, VERSS. 5 Y 6.

QUIÉN COMO DIOS?



QUIÉN como Dios? Quién como Dios Nuestro Señor que habita en las alturas y extiende los cuidados de su paternal providencia sobre toda la creación, desde el espíritu angélico hasta el más humilde de los seres, hasta la más pobre criatura, hasta la más insignificante de las cosas? *En Él vivimos, nos movemos y somos*; por el mandato omnipotente de Dios salimos de la nada y á El vamos á parar, porque El es nuestro fin.

Hermanos: *Regem cui omnia vivunt, venite, adoremus.*

A rendirte el homenaje de nuestra adoración ¡oh Rey inmortal de los siglos!, nos invita tu Esposa y nuestra Madre, la Iglesia Santa. Nosotros, temblando de emoción en presencia de nuestra pequeñez, bañados en los radiantes centelleos de la luz indeficiente que esparces desde la Hostia, manjar de toda dulzura, inefable prodigio de tu amor, acudimos al dulce llamamiento... El éxtasis nos arroba; humildes nos confundimos á tus soberanas plantas; hacemos de nuestro corazón un altar y en él te ofrecemos incienso como á Dios: el balsámico incienso de nuestras lágrimas, que limpian nuestra conciencia de las pasadas culpas; los cánticos de júbilo con que celebramos nuestra

reconciliación con el Cielo por el precio de tu sangre; los estremecimientos de gozo que nos hacen languidecer de amor tuyo, al verte prisionero en la cárcel dulcísima de tu amor, con rejas de mansedumbre, con cadenas de caridad; en esa Hostia, tesoro de los tesoros, luz de la inteligencia, vida del alma, imán de los corazones; en la Hostia, abismo de caridad, abierto por tí, Señor, que tan violentamente te sentiste atraído por la criatura, obra de tus venerandas manos, desde que la criatura alzó su frente hacia el cielo en señal de dominio sobre la tierra; en la Hostia donde Tú, soberano Señor de la vida y de la muerte, vives con toda la perfección esencial á tu vida eterna; en la Hostia, sacratísimo trono donde reinas con el esplendor infinito, con el brillo deslumbrador de tu augusta Majestad increada, ¡oh Rey inmortal de los siglos!; en la Hostia, desde donde imperas sobre todo lo que tiene vida!

Qué bien! Aquí, en la casa del Señor, unidos á Dios, postrados de hinojos ante el amante de nuestras almas, elevando nuestro corazón hasta el suyo, para decirle, con el sentido lenguaje del afecto, de las emociones dulces, para decirle, con toda la ternura de una fe sencilla, todas nuestras necesidades: las heridas de nuestro espíritu: El tiene un bálsamo que las cicatriza; las vacilaciones de nuestra debilidad: El nos comunicará fortaleza. Así, ¡qué bien! estrechamente enlazada con los lazos del amor la espiritual familia, identificados todos en unidad de aspiraciones, en identidad de propósitos, en completa y total comunión de intereses espirituales, latiendo al unisono todos nuestros corazones el mismo latido, el latido de la gratitud por las divinas bondades, el latido que sube como rumor celestial hasta el corazón de Jesús y que Jesús escucha con una sonrisa que enajena, trasporta y enloquece de ventura; el latido de la caridad para Dios, de la caridad para el prójimo, de la caridad para nosotros mismos;

ese latido sublime, que si (Dios lo permita) resonara por todas las anchuras del universo, surtiría efectos casi omnipotentes: renovaría la haz de la tierra. Así, ¡qué bien! el alma enamorada de Dios en suavísimos coloquios con el Dios enamorado del alma; hincados de rodillas sobre la viviente alfombra de nuestro arrepentimiento,—lágrimas á los ojos de los hombres, perlas á la mirada de Dios—; embalsamados con las fragancias de nuestros suspiros amorosos; acariciados blandamente por el aliento de los ángeles que tienden sus alas para recibir en ellas nuestros firmes propósitos de fidelidad á Jesús y llevarselos á El. Así, meditando la grandeza de Dios, del Dios de la Eucaristía....

Con tu gracia, Señor.

Con tu ayuda, Reina y Señora nuestra.

AVE, MARIA.....

¡DIOS! El único, el sólo, el ser esencialmente principio y fin de todo, alfa y omega; El que es, según el mismo se ha denominado, conteniendo en esta definición perfectísima todas las grandezas que son propias de la causa de las causas y del principio de los principios. DIOS! El único ser que *és* sin antes y sin luego, sin ayer y sin mañana, sin sucesión de instantes, en acto perfecto, permanente, igual, inalterable, desde la eternidad que no tuvo comienzos, hasta la eternidad que no ha de conocer fin. DIOS! El solo que *és*, porque los demás seres *existen* ó con limitación precedente y consiguiente, ó con límites anteriores por lo menos. Todo lo que reconoce origen material, termina; todo lo que pertenece al orden del espíritu, tuvo un instante primero, siquiera aquel instante fuera tan solo el soplo fecundo del Omnipotente, quedando desde su génesis total y perfecto, á diferencia de las obras de la materia que surgen y aumentan y se perfeccionan en virtud de sucesivas evoluciones, leyes inmutables del orden natural, grabadas, con la palabra creadora, en aquella primera piedra del suntuoso edificio de la creación, en el poderoso *fiat*. Dios ES!... —Por esto, lo que más gráficamente pinta el insondable abismo que separa á la causa de las causas de los efectos de esta misma causa absoluta, es la palabra esencia, porque la esencia siempre es una, siempre igual ó inalterable, sin aumento ni disminución, sin más ni menos, sin movimiento progresivo; todo el progreso y toda la plenitud la tiene en sí misma. Dios es la única esencia que es *en sí*, *por sí* y *para sí*; *en sí* encierra las perfecciones todas de los seres, que son perfectos en cuanto se acomodan á la típica belleza de su ejemplar; es *por sí*, porque ella misma—admirable misterio que rinde la inteligencia, subyuga la voluntad, magnetiza los corazones y agita con dulcísimo espasmos la felicidad á las almas!—ella misma es su causa, pero una causa que no tiene causa; ni

principio... Mas allá de aquellos ardentísimos volcanes de luz y de vida, en cuyas vivientes palpitaciones latía la palabra de Dios, aquella palabra augusta que vino á envolver en relampagueos de luz eterna á la razón humana, para abrir á la ardiente, ávida, escrutadora mirada de esa pobre razón los horizontes del mundo de la divinidad, del mundo que Dios habita, al decir al hombre lo que era Dios en aquella frase: YO SOY EL QUE SOY, para que el hombre tuviera confirmada por el labio omnipotente la verdad universalmente sentida de la esencia de Dios, como única esencia que se basta á sí misma para ser...mas allá,—permitid, hermanos, que señale con las ideas del tiempo aquellas otras ideas que no le tienen,—(la lengua de barro no conoce el lenguaje con que ha de hablarse de Dios) más allá de la purísima aurora del día en que el Verbo fué engendrado, un día que tiene sus albores y su crepúsculo en la misma esencia de Dios, era ya, como es y como será siempre, aquella luz verdadera que San Juan en su Evangelio hace fulgurar con ardientes llamas de amor sobre la segunda persona de la Trinidad beatísima. *En el principio era la esencia increada: Padre increado, Hijo engendrado en el seno mismo del Padre y Espíritu Santo término del amor del Padre y del Hijo...* Dios es *en sí*, porque en Él todo es sustancia y fuera de Él no hay más que accidentes ó sustancias accidentales. ¿Sustancia accidental? No os extrañe la aparente contradicción: accidentales porque lo mismo que existen pudieron no haber existido. Es *en sí mismo*, porque en sí mismo tiene la plenitud del ser; es *para sí mismo*, porque todas las perfecciones que constituyen la felicidad, están en Dios. Es toda la verdad, porque es todo el ser. Es infinito, porque la imperfección limita al ser y en Dios no hay limitación alguna. En Él encarnan los atributos sustanciales del ser: uno, bueno, verdadero. Uno: solo, que es *por sí mismo*, *en sí mis-*

mo y para sí mismo. Verdadero: pues la verdad es el ser. Bueno: (concepto que encierra la bondad y el amor, la belleza y la justicia, pues la justicia es la conformidad con la ley de la verdad y la belleza la verdad misma), porque la bondad es la expansión del ser.

DIOS!... Las bóvedas eternas se conmueven al eco de esta palabra...; resuena en la extensión de los cielos, y los cielos caen de rodillas adorando la Majestad de su Hacedor; los Ángeles se cubren el rostro... los rayos fulgéntísimos de la luz indeficiente los deslumbran; palidece la hermosura de los Querubines al abismarse en la hermosura de Dios; el Serafin, que recibe las oleadas del mar del eterno fuego del amor, aparece opaco, porque la luz de su espíritu se eclipsa ante los ardientes fulgores de la luz increada, ardores que el mismo Serafin no concibe... Han perdido su armonía las dulces modulaciones angélicas; los dulcísimos diálogos que, al levantarse la aurora en la primavera, entablan el céfiro y el arroyo, en hermoso pugilato por el amor con que halagan á las flores, aquél, dándoles esencias al besarlas en el cáliz, éste, dándoles la vida cuando rendido les besa el pie; estos diálogos de somnolienta armonía han enmudecido, y mudas están las ondulaciones del éter, las vibraciones del aire, los rítmicos gemidos del viento, los armónicos quejidos del torrente, el majestuoso lenguaje de las olas del mar, el armonioso rumor que exhala la floresta cuando en las ramas de sus árboles y en la copa de las flores suspira el aura en tiernos balanceos... DIOS!... El torrente de incomprensible armonía que ha corrido á raudales por la creación entera, ha vibrado en el fondo de los mares, en el salto del torrente, en las aguas de los rios y de los arroyos, en la copa de las

flores, en las ondulaciones del aire, del céfiro y del anra, y en las vibraciones del eter, y todas las armonías de la naturaleza se apagan para que resuenen nada más que armonías de esa palabra sublime, grandiosa, mágica, divinamente divina. La embelesadora belleza de los rayos del sol, al quebrarse, creando purísimos cambiantes de colores, bellísimas irisaciones sobre el cristal de las aguas, no es más que un cuadro toseco, si se le compara con la belleza de Dios... Ni es bella la melancólica pero bñitísima agonia de las tardes del otoño; ni los primores de púrpura y grana de que bordan los cielos los delicados dedos de la aurora en las mañanas de Mayo; ni es bella, (que bella és aunque sea aterradora) la sonrisa de la tempestad, en la que brillan los cárdenos fulgores del relampago. ¡DIOS solo es bello! El aliento del angel y el fragante suspiro de las flores son impuros, é impuras son las esencias del oriente: la palabra de Dios es el aroma y crea los aromas; es la esencia de las esencias. DIOS!... Bálsamo que arroba en éxtasis, que hace languidecer de amor al alma, que impregna de celestial oxígeno el corazón para que viva robusto, enérgico y brioso la vida de la gracia. DIOS!... Fuera de Él nada hay fragante mas que el ténue vaporeillo en que el alma contrita, enamorada, eleva al cielo sus oraciones.

.....
QUEN COMO DIOS? El sonrie, y para responder á la fecunda sonrisa del Autor de la naturaleza, ésta tiende sobre la tierra una alfombra de verdura y la salpica de flores, y la borda con el color encendido de la rosa y con la nivea blancura de la azucena; El exhala su aliento y brotan las aguas, que descienden de la altura para dar sangre á la tierra, sávia á las plantas, para hacer fecundos los sembrados y convertirlos después en mares inmensos de enceradas mieses... DIOS!... El es bendito!... El se ha en-

grandecido poderosamente, cubriéndose de gloria y hermosura, vistiéndose de fuego, porque rayos de luz inextinguible é increada forman su manto real; El extendió los cielos como una piel, lo más supremo del firmamento lo cubrió con agua, y las aguas, al eco terrible de su voz, corrieron á apretarse entre las orillas del mar, y no traspasarán nunca los limites que el dedo de Dios les puso; El se sirve de los Angeles como ministros y les comunica la agilidad de los vientos y la actividad del fuego; más veloces aún que el fuego y que el aire corren á cumplir la voluntad de su Dios, con la rapidez de la luz, con la inapreciable velocidad del pensamiento... QUIÉN COMO DIOS?... El habla y los montes suben y descienden los campos y se recuestan los valles en la orla del manto de las montañas...; El habla y en graciosos surtidores saltan las fuentes, cruzando los valles, y en las entrañas del monte gime el torrente ó murmura tranquilo y apacible el saludable manantial de cristalinas y salutíferas aguas...; El es el dueño absoluto; á El miran las criaturas todas esperando el sustento para la vida; si El da el alimento las criaturas se saciarán; si El abre sus manos la creación se llena de bienes; su mirada es el sostén de todas las obras de sus manos; si El oculta su rostro la energía de la creación se pierde, desfallece la naturaleza y todo será reducido á polvo... DIOS!... Si airado dirige á la tierra una mirada, la tierra se estremece; si toca los montes con su dedo, vomitarán volcanes las entrañas de los montes... DIOS!... El es el grande, el magnífico: Señor es su nombre.

DIOS ES!... Qué lengua ha dejado de pronunciar esta misma frase; ¡hay Dios! La idea de Dios es tan necesaria para la vida del hombre, que ninguno ha podido negar la existencia de los atributos y de las perfecciones de la primera Causa, siquiera haya arrancado estas perlas de la coro-

na de Dios para adornar la corona que la soberbia humana ha tejido para la apoteosis de la locura y del delirio de la razón. Causa de movimiento de la materia la hay y todo hombre la ha reconocido. Nosotros, los que por dicha nuestra conservamos, sin eclipsarla, aquella ráfaga de luz que vino á iluminar nuestra inteligencia, confesamos, y adoramos rendidos, llenos de admiración y de gratitud, aquella suprema verdad que el mismo Dios se dignó revelarnos: que hay Dios y que Dios es la causa, el principio y el fin de todo; que solo en Dios hay eternidad; que solo Dios tiene la virtud creadora y que este poder generador no está ni puede estar en el *monismo*, que se hace panteísta en la sustancia infinita de Espinosa, idealista en la idea absoluta de Hegel, ni en la doctrina cosmogónica del transformista Darwin, porque los monistas, (y el naturalismo de hoy es monista esencialmente), considera el átomo como unidad del mundo inorgánico y la célula ó el protoplasma como unidad del orgánico, atribuyendo así fuerzas generadoras para lo inmaterial á lo que tiene la materia como constitución y como origen. No es, sin embargo, de nuestra incumbencia el estudiar ahora el verdadero concepto del universo. La fe y la ciencia, perfectamente hermanadas, nos dicen que éste es obra de un Ser Supremo, á cuyo impulso empezó á moverse y sigue moviéndose la máquina de la creación. Decíamos que la idea de este SER ha presidido todos los movimientos de la razón humana, y que es por esto universalmente sentida: con verdadera propiedad por el pueblo hebreo y por nosotros los cristianos; equivocadamente por el mundo pagano, que pretendió colocar en las criaturas los atributos de la divinidad, y como una idea abstracta por los filósofos gentiles. *Causa de las causas le llamó Cicerón*, y los sabios de Atenas le definieron: *Dios desconocido*.

Tanta grandeza es Dios, Dios es tanta hermosura. Él nos anonada. Cómo podrá el hombre, átomo imperceptible ante la Majestad de Dios llegar á Él, para verle, para gozarle, para realizar la aspiración del corazón humano, que es el llenarse de Dios y abismarse en el oceano de la divinidad?

El bien es difusivo por esencia. El sumo bien será sumamente difusivo y Dios se nos comunicó en el paraíso por la gracia y por la justicia de que adornó al alma; por la gracia siguió comunicándose, y, para unírse nos más nos reunió en sus eternas concepciones todos los bríos de su soberana iniciativa, para hacer un esfuerzo de poder y de amor, de bondad y de misericordia y dárse nos en alimento. Bajó hasta nosotros para subírnos hasta Él. Del primer elemento de nutrición para la vida orgánica, quiso hacer el *pan de ángeles*, el maná escondido, el manjar de los cielos, la savia para que el alma viva la vida espiritual. ¿Dudaremos ahora de tocar todas esas perfecciones admirables que hemos estudiado en el Ser absoluto, en el Soberano Señor de la vida y de la muerte, en el Rey inmortal de los siglos? ESTE ES MI CUERPO, dijo DIOS; ESTA ES MI SANGRE, y veló con las especies sacramentales de pan y de vino todo lo grande de Dios, toda la sagrada persona de Jesucristo. ¿Quién puede igualarse nos en ventura? ¿Qué nación habrá tan dichosa que tenga á sus dioses cerca, tan cerca como el Dios nuestro lo está de nuestro corazón? EL QUE COME MI CARNE Y BEBE MI SANGRE PERMANECE EN MÍ Y YO EN ÉL. Casi, hermanos, al relacionarse con nosotros, emplea las mismas palabras que cuando dice cómo viven el Padre y El. *El Padre está en mí y yo en el Padre. El Padre y YO somos una misma cosa.* Ya veis á qué altura nos sublima el Sacramento de los Sacramentos: hasta hacernos vivir en Dios y que Dios viva en nosotros... DIOS! Eso es la Sagrada Eucaristía. Todo lo

que tiene Dios existe, vive en el Augusto Éxtasis de amor de Nuestro Señor Jesucristo; todo es para nosotros y solo para nosotros, para que sintamos á Dios dentro de nuestra alma, para que, aquí, en las entrañas de este pobre corazón, resuenen las melodías con que los ángeles cantan la grandeza de Dios, diciéndole: *Santo, Santo, Santo; Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria*; todo para que este pecho de barro se convierta en el Alcazar de la Divinidad. El Dios de los cielos y de la tierra encerrado por amor en nuestra alma en nuestra alma, que tal vez, muchas veces por desgracia, no ha respondido á Dios, cuando llamaba á sus puertas, ó le ha arrojado de sus entrañas, blasfemando su santo Nombre, escupiendo su rostro inmaculado y hollando la sangre redentora, que, después de brotar á raudales para bañar al hombre caído y regenerarle y traerle á la vida de la gracia, volvió á recogerse en el amantísimo Corazón de Jesús para derramarse toda ella en nuestro corazón, al venir Nuestro Señor Jesucristo en la Hostia santa á unirse íntimamente con nosotros... Tanta grandeza es Dios! Tanta grandeza es la Sagrada Eucaristía! Tanta grandeza es para nosotros, vive en nosotros, late en nuestra alma y palpita en nuestro corazón!

Dios mío! Vive en nosotros como Tú quieres vivir... Que vivamos en Ti, de Ti y para Ti ¡Dios mío! Eso deseas. ¡Cúmplanse tus deseos amorosos!

Cristo.... Hijo de Dios.... Salvador del mundo.... Luz de las almas... Vida de la inteligencial... Vence, vence, Señor, con tu gracia, porque sin ella nada podemos nosotros, á los enemigos de nuestra felicidad, que son nuestras pro-

pias pasiones: la funestísima herencia de la primera rebelión de la carne contra el espíritu; vence, Jesús mío, la destructora altanería de nuestra soberbia que nos empuja por la pendiente para hacernos caer hasta las profundidades del crimen; vence, Jesús mío, esa vibora de mortal veneno que gotea el virus de sus entrañas sobre los ojos de nuestro espíritu para privarles de la luz, para que nos creamos sin mancha como el fariseo del Evangelio, para que no veamos que se elevan en nuestras almas como gigantes montes los delitos y nos fijemos en los defectos leves de nuestros semejantes, defectos que son tal vez átomos imperceptibles... Toma, Jesús clemente, nuestro corazón y establece en él tu reinado y para que tu reines, arranca de él todo lo que no seas Tú: reanima lo que está apagado; sana lo que está enfermo; alienta lo que está débil; calienta lo que está frío; porque ¡oh Jesús de mi alma! donde Tú reinas la pobreza es riqueza, la miseria abundancia, el dolor ventura, las penas son felicidad.... Que nuestra alma se sujete dócil á las dulcísimas inspiraciones tuyas. ¡Así será bienaventurada!

Hermanos: Jesús es nuestro Salvador. Vamos á Él, á escucharle, á oír sus palabras que son palabras de vida eterna.... Vamos á Jesús.... Es Dios! Nuestro Dios, nuestro principio y nuestro fin.... Nuestro Dios amantísimo que se identifica con nosotros en el Sacramento de la ternura y de la caridad!... Es Dios! ¡Dios con nosotros! Si Dios nos ilumina y nos salva ¿á quién hemos de temer? ¿Qué puede hacernos temblar si Dios nos protege? Vamos á Jesús, que en Él lo tenemos todo... Unidos á Jesús, cuando el enemigo de nuestras almas quiera hacernos zozobrar en el abismo de la amargura, cuando intente rendir nuestra cabeza bajo el yugo pesadísimo de su tiránica dominación, cuando, para humillarnos á los pies del ídolo del orgullo

clave en nuestra alma la agudísima saeta de los pecados capitales; cuando nos rodee con todo género de asechanzas; cuando nos persiga sin sosiego, queriendo herir de muerte nuestra *humidad* con el emponzoñado proyectil del amor propio, nuestra *fe* con los tiros de la emancipación de nuestra inteligencia, nuestra *esperanza* con el veneno de los desengaños, de las contrariedades sufridas, de la injusticia de los hombres, nuestra *caridad* con el *virus* de los odios, abrasando nuestro corazón con el afán de vengarnos de los que han manchado nuestro nombre cubierto de ignominia nuestros prestigios y arrojado por los suelos nuestra honra; cuando ese implacable enemigo, dirija á nuestra *pureza* los tiros del repugnante placer, á nuestra *templanza* los de la gula, á nuestra *voluntaria pobreza* los del honor, de la fama, del respeto (adornos de tan escaso valor, que se consiguen muchas veces con unas pocas monedas); en suma: cuando el demonio pretenda confundirnos.... nosotros, valientes, con el valor que infunde la unión con Cristo, nobles, con la nobleza de que nos reviste el ser de Dios, venir de Dios y el tener á Dios como fin, con una mano en el pecho, la mirada en Dios y la Cruz en la otra mano, exclamaremos con entereza y energía: ¡CRISTO VENCE!... Unidos á Jesús, cuando el demonio, para agruparnos bajo los pliegues de su maldita bandera, para hacernos súbditos suyos, para sumarnos al número de sus secuaces, á los habitantes de su reino, emplee los recursos del halago á la vanidad, á los caprichos de la carne, á las exigencias devastadoras de la pasión... nosotros, con la mano en el pecho, con la mirada en Dios y la Cruz en la otra mano, exclamaremos con voz vibrante, poderosa, que abata y confunda á Lucifer: ¡CRISTO REINA!... Unidos á Jesús, cuando el demonio, poniendo en juego las infernales iniciativas de su odio al que vive en Dios, tendiéndonos las tupidísimas ródas de sus engañosas pro-

mesas de felicidad, de gloria, de dicha y de ventura, encamine sus trabajos á someter nuestra voluntad, que busca el bien, al imperio de su voluntad que busca el mal y se complace en el mal del hombre... nosotros, con la mano en el pecho, con la mirada en Dios y la Cruz en la otra mano, exclamaremos alegres, porque la alegría de nuestra alma es la virtud: ¡CRISTO IMPERA!...

Así, Jesús mío, ¡qué placer tan inefable firmes en la fé cuando la tribulación pretenda agitar nuestro espíritu con las sacudidas de la duda, invencibles con tu apoyo ¡oh Dios, fortaleza del alma! en la lucha contra la impiedad, aliviadas nuestras penas con el consuelo de tu amor, tendremos siempre, hasta el supremo instante de cerrar los ojos del cuerpo á la vida de la tierra para abrir los del espíritu á la feliz de la eternidad, grabado en nuestro corazón y en nuestra alma este lema consolador:

CRISTO VENCE! CRISTO REINA! CRISTO IMPERA!
Amen.

Homo quidam fecit coenam magnam et vocavit multos.

Et ait Dominus servo: Exi in vias et sepe: et compelle intrare ut impleatur domus mea.

Un hombre hizo una gran cena y convidó á muchos.

Y dijo el Señor al siervo: sal á los caminos y á los cercados: y fuérazlos á venir para que se llene mi casa.

SAN LUCAS, CAP. XIX, VERSS. 16 Y 23.

Ego sum panis vivus, qui de coelo descendi.—Si quis manducaverit ex hoc pane vivet in aeternum: et panis quem Ego dabo, caro mea est pro mundi vita.

Yo soy el pan vivo que descendí del Cielo.—Si alguno comiese de este pan vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne, por la vida del mundo.

SAN JUAN, CAP. VI, VERSS. 51 Y 52.

Nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis.

Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebieseis su sangre no tendreis vida en vosotros,

SAN JUAN, CAP. VI, VERS. 54.

Oh res mirabilis! Manducat Dominum pauper, servus et humilis.

DEL HIMNO DE MAITINES. FESTIVIDAD DEL SANTÍSIMO.



LA SAGRADA EUCARISTIA